

No teniendo ninguna reconvenccion que hacer al anciano soldado y no pudiendo entonces hacerlo declarar inválido por su propia voluntad, el general resolvió privarle de su hijo, esperando librarse así del padre, ya por la miseria, ya por el pesar de la separacion. Con este designio, escribió al rey, le suplicó que habiendo en su regimiento un jóven muy alto, buen sugeto y no siendo á propósito para húsar, tuviese á bien pasarlo su magestad al regimiento de guardias donde convendría mucho mejor. Aceptó el rey la oferta, y el jóven partió para

pobre jóven, si tengo la felicidad de complacer á mi amo.

—Pues bien, le dijo Federico, quedate á mi lado, cumple bien con tu obligacion, y yo cuidaré de tí. Tus camaradas te dirán lo que tienes que hacer. Pero hijo mio, es preciso aqui ser exacto al minuto, y para esto necesitas un buen reloj. Vete á casa del relojero N., dile que me sirves y te dará un reloj de plata por el que te pedirá cuarenta escudos; los pagas: ademas de esto, te comprarás los zapatos, seis camisas, seis corbatas, seis pares de medias y doce pañuelos, lo que te costará otros tantos escudos: aqui



Los pobres cervecedores con sus mugeres é hijos se arrojaron á los pies del rey, y le suplicaron los salvase de su inevitable ruina....

Postdam dejando á sus padres en un indecible dolor. A la llegada del ex-húsar, el rey quiso verle ¿Estaba instruido de la malevolencia del general, ó fué una feliz casualidad? Sea de esto lo que sea, Federico, en lugar de hacerse presentár el soldado en la parada, le hizo llamar á su cámara, y despues de haberle examinado le mandó que se probase una librea.

Cuando el húsar se presentó con este vestido tan nuevo para él, el rey le preguntó si se hallaba bien así.

—Me encontraré siempre perfectamente bien, replicó el

tienes la suma necesaria para estos gastos: vé á hacerlo, y conmigo sé exacto, fiel y discreto. En cuanto á tu sueldo recibirás tanto por mes, ademas diez escudos para poder atender á tu alimento y demas gastos.

En la extrema alegría que experimenta el jóven, la primera cosa que le hace pensar es en sus padres.

—¿Cuánto para mí! decía, y mi padre y mi madre ¡cuánta necesidad! ¿No podría yo enviarles los cuarenta escudos del reloj y pedir prestado á mis camaradas, con la condicion de reembolsarles cinco escudos cada mes?



A atormentado de esta idea, la comunicó á sus camaradas que le prestaron cuarenta escudos, tuvo el reloj y socorrió á sus padres. Pero Federico lo sabía ya todo.

—Te he dado, dijo á la mañana siguiente á su criado, dinero para comprar un reloj, y tú se lo has mandado á tus padres. Has creído hacer una buena acción, y no conocías que cometías una infidelidad. Es muy justo socorrer á sus padres cuando se hallan necesitados, y sobre todo cuando son ancianos ó enfermos: pero no debemos emplear en esto sino lo que sea nuestro: porque el dinero que yo te he dado no era tuyo: lo recibiste con condición de hacer de él el uso que yo te había mandado. Por esta vez te perdono, porque un sentimiento puro te ha estraviado, y has cedido á tu buen natural. Te doy en este momento con que puedas pagar á tus camaradas; pero cuidado que te prohíba contraer nuevas deudas.

Muy pronto recibió Federico la recompensa de los beneficios hechos á tan buen criado. Atacado de un violento acceso de gota, hace llamar á su médico, que hallándole con una gran calentura y un estremo ardor y resequedad, juzgó que era urgentísimo provocar la transpiración, y mandó un remedio adecuado para producir este efecto. Pero el rey quiere saber lo que le han recetado, desecha cuanto le propone, y hasta concluye por despedirle tratándole de asno. Al llegar á la antecámara, el doctor declara á los criados que el rey se halla muy malo: que es importantísimo hacerle sudar: que es preciso á toda costa impedir que se desarrope el enfermo, y envolverle en mantas hasta que haya sudado abundantemente.

Juzgaron los criados que el joven húsar era el que mas fácilmente podría lograr esto del rey. Encargaronle pues que se quedase en vela la noche aquella, comision que acepta no sin temor. Trajeron la bebida á las diez de la noche; inmediatamente el húsar entró en la alcoba del rey llevando en la mano la medicina.

—¿Qué traes ahí? le dijo Federico.

—Señor, la bebida que ha recetado el médico.

—Arrójala al fuego.

—¿Pero, señor, si es precisa!

—No la quiero.

—Señor, el médico ha mandado que os la trajéramos.

—El médico es un asno.

—Señor, ha declarado que es indispensable que la tomeis.

—Digo que no me dá la gana.

—Dice que sin esto no sudareis, y que es preciso el sudor para curaros.

—No sabe lo que se dice.

—Sin embargo, nos ha recomendado mucho rogásemos á Vuestra Magestad que la tomase.

—No me canses inútilmente: retírate.

—Pero señor, el que ha mandado este remedio ¿no es el médico, y muy decidido por Vuestra Magestad?

—Me fastidias, no seas cansado.

—Señor, ha dicho que iba en ello vuestra vida.

—Yo te mando que te vayas.

—Y nuestro deber ¿no nos obliga á suplicar á Vuestra Magestad, que tome un remedio que debe curarle?

El rey se encolerizó, juró: mandó, y amenazó. El joven por su parte, con la medicina siempre en la mano, rogó, suplicó, conjuró, se puso de rodillas, lloró á lágrima viva, declaró someterse á todo, con tal que pudiera contribuir á

salvar á su Magestad, y permaneció inalterable. Duró aquella lucha hasta cerca de la media noche: cansado entonces el rey, fatigado, sin fuerzas, se determinó á tomar la medicina para libertarse de tanta importunidad, y gozar de algun descanso. Pero muy pronto se suscitó un nuevo combate entre el amo y el criado. Obró el remedio, excitó en todo el cuerpo del monarca un calor abrasador y difícil de soportar. El rey quiso desarroparse, y el lacayo se le opuso: el príncipe tiró una manta, y su enfermero se apresuró á volvérsela á echar encima: el primero trató únicamente de sacar un brazo de la cama, el segundo inmediatamente se lo envolvió lo mejor que pudo con la ropa: siempre suplicando, rogando, pidiendo perdón, y echándose casi sobre la cama del enfermo que se enfada, grita, y amenaza en vano. Este nuevo combate duró hasta muy cerca de las tres de la madrugada, momento en que comenzó al fin el sudor. Menos atormentado el rey, se quedó mas tranquilo, y conoció que el médico y el criado habían tenido razón: así le dijo á este último:

—Vamos, hijo, ya no tengo necesidad de tí. Estoy sudando, y no siento aquel calor violento que me agitaba: te prometo que no me desarroparé mas, estás seguro, y vete á descansar, porque estás muy fatigado.

El criado hizo como que obedecía, y se retiró á un rincón, desde donde sin ser visto, continuó velando sobre su amo, hasta que éste se quedó dormido. A la mañana siguiente el rey se encontró mucho mejor. Se levantó é hizo llamar á su joven enfermero:

—Hijo mío, le dijo, eres un valiente muchacho, cumple bien con tu deber, que estoy muy contento contigo: me has servido esta noche con mucho celo. Toma, ahí tienes cincuenta ducados, para que los mandes á tus padres.

El general que con tan cobarde encarnizamiento había perseguido al anciano húsar, tuvo la bajeza de venir á felicitar á Federico por la elección que había hecho del hijo de su víctima.

—Retiraos, le dijo bruscamente el rey: sois un valiente, pero no teneis entrañas. En lo sucesivo guardad mas consideraciones á mis viejos soldados.

Esta aventura hizo á Federico ser tal vez demasiado severo con otro general que acababa de permitir á los capitanes de su regimiento, hacer durante la paz, el comercio de cerveza. Los pobres cerveceros de oficio se arruinaban con semejante concurrencia, y así un día que se hallaba el rey de paseo, vinieron con sus mugeres y sus hijos á arrojarle á los pies del rey, y á suplicarle los salvase de su inevitable ruina. Federico escuchó con afabilidad sus quejas, se enteró de ellas, y conoció la razón que asistía á sus pobres súbditos. Indignado corrió al cuartel del general de quien se quejaban, y al que encontró á caballo.

—¿Qué postura teneis! le dijo secamente: pareceis á un mozo cervecero.

—Señor, le replicó el general vivamente herido, no es como vendedor de cerveza, sino como oficial como os he servido hace largo tiempo: pero puesto que me injuriáis, rehusais mis servicios. Así os doy mi dimisión.

Federico aceptó. Despues lo mandó preventivamente arrestado por causa de insubordinación militar. En cuanto á los capitanes fueron enviados á la fortaleza de Spandau. El mote de general cervecero le quedó por toda su vida



al antiguo oficial, á quien sin embargo, perdonó el rey en consideración á sus antiguos y buenos servicios. Puede decirse también que había quedado cruelmente castigado con el cáustico nombre que le había dado el monarca, y que no se olvidó jamás.

Otro día continuaremos refiriendo mas anécdotas históricas de este gran rey, de esta colosal figura, que tan interesante y distinguido lugar ocupa en el cuadro del siglo XVIII.

## ESTUDIOS MORALES.

### LOS DOS ALTARES.

#### I.

##### EL ALTAR DE LA LIBERTAD.

El sol se oculta macilento y helado en el Occidente en una tarde de invierno, las grandes masas de nieve que cubren la cumbre de los montes, se iluminan con un tinte carmesí que degenera en un color casi de lila. Desencadenado en el llano silba y cruje el frío del invierno por el presagio de una tempestad por la noche, levantando bruscamente la capa de los viajeros arrollandola alrededor de sus cuellos, y helando las manos y las narices de los bastante imprudentes para esponerse á su contacto.

—¡Viva! dijo el pequeño Dick Ward que estaba de pie sobre una hacha de leña verde, ¡cómo sopla el vendabal!

Porque han de saber nuestros lectores que Dick había sido enviado en compañía de su hermana Gracia á recoger ramaje y astillas del monte: ocupacion, como todos saben, mirada en los tiempos antiguos como sana y agradable, eminentemente propia para formar las generaciones futuras. Subido una vez sobre esta pila de leña, había plantado en medio una varita á la que hacia todos los esfuerzos posibles por atar sólidamente su pañuelo de percal encarnado.

—¡Animo, Gracia, decía de tiempo en tiempo, despáchate en recoger ramas y troncos secos.

—Yo bien quisiera, dijo Gracia, pero ya ves que los palitos y astillas están todos cubiertos de hielo, y me se enfrían muchísimo los dedos.

—No te entretengas en soplar á los dedos; todo el mundo se burla del hielo. Recoge pronto la leña, te digo, y bien pronto haré ondear ante tus ojos la bandera de la libertad.

Dócil á esta exhortacion un poco imperativa, Gracia hizo en un momento una gran provision de astillas y palitos de leña, sin apercibirse de que ocultando el punzante dolor que sentía en sus helados dedos, depositaba también en un sentido simbólico, su ofrenda sobre el altar de la libertad. En fin, acababa de terminar su tarea, cuando el pañuelo encarnado que Dick acababa de atar sólidamente, se desplegó haciendo crugir sus pliegues en el impetuoso viento de la tarde.

—Ahora, Gracia, da un viva y echa tu sombrerito al aire, replicó Dick bajando de su pila de leña.

—Pero no se le llevará el aire á algun rincon de los de la pila de leña! dijo Gracia con inquietud.

—No tengas miedo, Gracia, y grita conmigo ¡viva la libertad! y echaremos juntos tu tu sombrero, yo mi gorra, y jugaremos á los soldados, y yo seré el general Washington.

Lanzados al mismo tiempo el sombrero de Gracia y la gorra de Dick, revolotearon en el aire. Al mismo tiempo la bandera se sacudia fuertemente con el aire, y los niños manifestaron su alegría con las mas ruidosas demostraciones.

El viento agitando el sombrero de paja de la pobre Gracia, lo llevó bruscamente muy lejos por el campo cubierto de nieve, y fué magestuosamente á engancharse en un poste de una altura desmesurada.

—Mira ahora, ¿no ves dónde ha ido á parar mi sombrero? ¡Oh! qué dirá ahora la tia Hitty, dijo llorando.

—No llores, Gracia: tú no habías ofrecido nada á la libertad. Tú sabes que es glorioso sacrificarlo todo por la libertad.

—¡Oh! pero tia Hitty no cree en eso.

—Y bien, Gracia, no llores. ¡Qué tonta eres! ¿crees tú que yo no puedo alcanzar tu sombrero? Vamos, suponte que ese gran poste es un fuerte donde se halla prisionero tu sombrero: vas á ver como me apodero de la fortaleza y te devuelvo tu sombrero.

Y diciendo estas palabras echóse un palo á la espalda á modo de fusil, y echó á correr como un rayo.

—Pero que puede detener fuera de casa tanto tiempo á estos niños. Yo creía que no habían salido mas que á recoger algunos palitos y astillas de leña, dijo la tia Mehtabel, el fuego no tardará en apagarse.

A estas últimas palabras, Gracia llegaba á la puerta de la casa llevando un saco de leña. Antes de entrar, sacudióse la nieve que llevaba encima. La primera persona que vió cuando le abrieron la puerta fue la tia Mehtabel, cuyo gesto enfadado no le prometía nada bueno.

—Gracia, me dirás... habla, niña... traes las manos heladas... ¿Dónde puede estar Dick? ¿Cómo habeis tardado tanto tiempo?... ¿Y que has hecho de tu sombrero?

Aturdida por este diluvio de preguntas no encontró la pobre Gracia ni una palabra que responder, pero se deslizó furtivamente en el mas oscuro rincon de la habitacion donde su abuela tenía la costumbre de hacer media. Allí comenzó á soplarle los dedos y restregarse las manos, pero habiéndolo hecho, con este nuevo ejercicio era insoponible el dolor que le causaba el frío, y no tardaron en correr sus lágrimas en silencio por sus mejillas.

—¡Pobre niña! dijo la abuela poniendo las manos de su nieta entre las suyas. Hitty no regañará. La abuela sabe que sois juiciosas... el viento es el que se ha llevado el sombrero de la pobre Gracia.

La abuela le enjugó las lágrimas, y le limpió el rostro, y le dió un caramelo, y Gracia volvió á recobrar su valor.

—Mi madre echa á perder á los hijos de Ward, dijo la tia Mehtabel soplando con ardor la lumbre, vaya un poco de azúcar fuera de propósito; absteneos si podeis, ma-



dre, de dársela; continuó ella soplando vigorosamente. Así que hubo acabado de encender el fuego le dijo: ¿quieres responderme dónde está Dick?

—Ha corrido por el llano para alcanzar mi sombrero.

—¿Se os ha desatado el sombrero? dijo la tía Mehtabel, pues yo lo había atado bien firme.

—Me había suplicado Dick que lo desatase para echarlo al aire por amor á la libertad.

—Por la tontería. Esa es una de las necedades de Dick, y habéis sido una simple en hacerlo.

—Pero si ha plantado sobre la pila de la leña una bandera para la libertad: la libertad, ya lo sabeis, por la que se bate papá, dijo Gracia con mas confianza, habiendo notado que su madre, su dulce madre de ojos azules había entrado furtivamente en el cuarto durante la conversacion. Me dijo que echase el sombrero al aire, él hizo lo mismo con su gorra, y juntos gritamos ¡viva la libertad! El aire se llevó lejos mi sombrero, lloré, y me dijo que no debía sentir perderlo.... que era una ofrenda á la libertad.

—Es verdad, exclamó Dick, que se hallaba detrás de su madre y de su hermana de pie derecho como un álamo. El otro día en una carta que papá escribía á mamá, nos decía que debíamos sacrificarlo todo en el altar de la libertad; por eso he hecho yo de la pila de leña un altar de la libertad.

—¡Escelente muchacho! dijo la madre, acuérdate siempre de lo que escribe tu padre. El lo ha ofrecido todo sobre el altar de la libertad, es demasiado verdad: y yo espero que tú vivirás para hacer como él.

—Solamente si me encargo hacer los sombreros y las gorras de estos dos niños, dijo la tía Hitty, espero que no se repetirán estas ofrendas todas las semanas... Yo no pido mas que eso.

—¡Oh tía Hitty! replicó Dick, yo he vuelto á coger el sombrero: no hay nada mas que hablar de esto. Un torbellino lo había arrebatado por la pradera y enganchado á lo alto de un poste. Yo había prevenido á Gracia que ese poste era una fortaleza: que iba á sitiarse y á tomarla: y como lo he dicho lo he hecho.

—¡Oh! sí, estais siempre pronto á tomar fortalezas y hacer todo lo que no se os manda. Apostaría á que habéis dejado sola á Gracia recoger leña.

—Tarea de una muger es recoger astillas, pero tomar fortalezas y defender el país es negocio de un hombre.

—Pero señor Pompeyo ¿desde cuando sois un hombre? dijo su tía Hitty.

—No soy un hombre, pero lo seré bien pronto, ya llevo con la cabeza á la espalda de la mamá, y ya puedo disparar un fusil; el otro día he ido al arsenal y he hecho allí el ejercicio. Yo deseo, mamá, que me dejes limpiar y cargar el fusil bajo, de modo que si vienen los ingleses...

—¡Y bien! si tan fuerte y tan grande sois, quitadme de ahí esa mesa, dijo la tía Hitty, porque ya es mas que hora de cenar.

Dick dió un salto y en un abrir y cerrar de ojos puso la mesa en medio, pero no sin un estrépito extraordinario. Despues abarcó la carga de leña con aire soberbio. Hechas estas dos hazañas, con la manera reposada y dulce que le era propia, su madre sacó del cajón el mantel, y lo extendió sobre la mesa: colocó simétricamente las tazas y los vasos, los cuchillos y los platos, en tanto que la tía Hitty se ocupaba de hacer unas tortillas y preparar el té.

—¿Cuando se concluirá la guerra aunque no sea mas que porque estoy cansada de beber salvia en lugar de té?

—Y bien, tía Hitty ¿en qué consiste que la semana pasada habéis regañado al mercader que quería venderos verdadero té?

—Le he reñido: pero si le hubiese comprado ese buen té que había recibido de los ingleses, hubiera sido.... para tirarle una taza á la cabeza.

—Pero mamá, replicó Dick, jamás he sabido á punto fijo lo que era ese negocio del té, y la razon por que las gentes de Boston no quieren tenerlo en su casa.

—Es que el gobierno había impuesto sobre este género una contribucion ilegal: no era mucho en sí: pero esta medida hacia parte de todo un sistema de opresion que tendia á despojarnos de nuestros derechos y hacernos esclavos de una potencia estrangera.

—Esclavos, repitió Dick indignado poniéndose en pie altivamente: ¡mi padre esclavo!

—Pero los americanos no han querido ser esclavos: han visto claramente á donde iba á parar esto, y se han negado á la mas ligera sumision.

—Yo tampoco me someteré, replicó Dick.

—Ademas, dijo su madre dándole un beso, no era por ellos solos por los que tomaban este partido. Es inmenso nuestro país, y todos los días se va ensanchando. Es, pues, importante que tenga leyes que arreglen equitativamente la libertad y la igualdad: porque este país inmenso hoy, será de una desmesurada estension mañana. Libre este país será el faro del mundo, como una ciudad edificada sobre una colina que no puede ocultarse á las miradas: y todos los oprimidos y todos los desgraciados encontrarán aquí un refugio donde gozarán igualmente de la libertad y de la igualdad. He aquí, querido hijo mio, por qué tu padre y tu tíq han ido á batirse, y por qué están en el ejército y continúan batiéndose: y Dios sabe lo que sufren y....

Aquí los grandes ojos de Mad. Ward se llenaron de lágrimas al través de las cuales brillaba un rayo de orgullo y de triunfo.

—Bien, bien; se sabe que jamás os faltan palabras, dijo la tía Hitty que no había sido la que había estado menos atenta á esta pequeña arenga patriótica. Pero mirad que el té se enfria y veo allá bajo el carruaje: dentro de un minuto John estará aquí. Vamos, arrimemos las sillas á la mesa.

Dos minutos despues de esta invitacion, John, el hijo mayor de la familia, de edad de quince años, entró con una carta en la mano. En su apresuramiento la echó sobre la rodilla de su madre. Olvidóse inmediatamente el té: en vano la tetera hacia oír como un canto lastimero el ruido del hervor del agua: apoyáronse todas las manos sobre los palos de la silla de Mad. Ward para saber la noticia. Era esta carta del capitán Ward que servia en el ejército americano en Valley-Forge. Mad. Ward la recorrió rápidamente, y despues la leyó en voz alta á su impaciente auditorio. Estractamos de ella las líneas siguientes:

«Sufrimos aun mucho. He dado todos los pares de medias que me habías enviado, no reservándome mas que uno solo para mí: porque no quiero tener mas comodidades que el mas pobre soldado de los que combaten por su país. ¡Pobres gentes! se destroza mi corazón cuando los veo con sus vestidos rotos, sus zapatos agujereados y sus pies llenos de sangre mostrar un rostro alegre y lleno





«de esperanza y manifestar que están prontos á desafiárla todo. Muchas veces el desaliento se apodera de ellos, por la noche, cuando agobiados de fatiga, transidos de frío, muriendo de hambre vuelven á sus barracas vacías para acostarse sobre la nieve. Entonces se viene á su imaginación la imagen del hogar doméstico con su brillante fuego. Pero á la mañana siguiente llega la orden del día de Washington; dos líneas. ¡Pero cuánto bien hacen estas dos líneas! Se soportará todo, se desafiárá todo, se llegará hasta el fin, cueste lo que cueste.»

«Comisarios recorren el país para recoger donativos voluntarios de toda especie. Si llegan á verte no tengo necesidad de decirte lo que has de hacer, conozco tu corazón y el de toda la familia.»

—Ya veis, hijos míos, lo que sufre vuestro padre, dijo Mad. Ward, y á que precio esos pobres soldados nos conquistan la libertad.

—Efrain Scanton me ha dicho que había visto á los comisarios del lado de Three-Mile-Tavern, y pensaba que estarían aquí esta noche, dijo John, sirviendo la cena á la familia que le escuchaba en silencio.

—Esta noche entonces debemos estar alerta y no mantenernos con los brazos cruzados, dijo la tía Hitty, veamos lo que podemos separar para los comisarios.

—Por de pronto, dijo John, yo enviaré mi capa nueva, la vieja puede servirme aun, ¿no es verdad, tía Hitty?

—No, dijo la tía Hitty. Yo me proponía descoserla el miércoles para que la volviese el sastre cuando viene aquí á trabajar á jornal. Hay en el cuarto de arriba, continuó ella con aire pensativo, en la cama de la tía que murió, dos colchas, una manta grande y dos almohadas. En el cuarto de mamá y en el mío hay dos pares de sábanas, cuatro almohadas y tres colchones. En el más hermoso cuarto de la casa, hay...

—¡Oh, tía Hitty, enviad todo lo que haya mejor en ese cuarto! si alguien viene á vernos lo acomodaremos como podamos, dijo John. Yo puedo ciertamente quitarme de mi cama una ó dos mantas: me bastará echar mi ropa sobre ella, ¡ahora tengo mucha!

—Tía Hitty, quitad de nuestras camas una manta, dijeron Gracia y Dick, al mismo tiempo.

—Bueno, bueno, ya veremos.

Entonces la mamá se levantó muy gravemente, y después de haber entrado en el cuarto inmediato abrió un gran cofre de madera de cedro, volvió después trayendo en sus brazos dos grandes colchas blancas como la nieve, que extendió sobre la mesa en el momento en que la tía Hitty acababa de quitar los manteles.

—¡Bondad divina! madre, exclamó ésta, ¿qué vais á hacer?

—¡Aquí! dijo ella suspirando, yo las he hilado hasta la última hebra, cuando me llamaba Mari Evans. Son mis colchas de boda hechas de la lana más pura y bordadas en las cuatro puntas. Las he sacado del cofre para darlas.

Y la ama pasaba y repasaba dulcemente su mano sobre ellas y las estiraba con un orgullo mezclado de ternura. Era evidente que daba una cosa muy grata á su corazón. Pero no manifestó ni vacilación ni incertidumbre.

—Pero madre mía, dijo Hitty, no hay necesidad de esas cosas tan hermosas: servios de ellas para vuestra cama: enviad las colchas ordinarias, serán bastante buenas para los soldados.

—¡No! dijo la anciana comenzando á acalorarse, de ninguna manera son demasiado buenas para ellos. Les daría todo lo que hay de mejor y más hermoso en ese género antes de que sufran. Enviad mis colchas de boda, añadió finalmente con un gesto de orador.

En este estado estaban las cosas, cuando llamaron suavemente á la puerta, é inmediatamente casi entraron dos hombres que se anunciaron como comisarios enviados por el congreso, para reclutar provisiones, municiones, efectos de vestidos, de camas, etc.

Esta repentina llegada produjo un efecto eléctrico. La tía Hitty, atravesó precipitadamente el comedor, la cocina, la despensa, después los corredores, y en su desordenada carrera bajó á la cueva, después subió al granero mezclando indistintamente juntos todos los objetos que creía poder ser útiles á los defensores del país y que fueron llevados á la cocina por John, Dick y Gracia que ya siguieron como auxiliares en su rápida escursión. Pero mas reposada y tranquila Mad. Ward clasifica, arregla y llega á sustituir el orden y el método en aquel confuso hacinamiento de cosas.

La tía Hitty apareció bien pronto en la cocina teniendo entre sus brazos una enorme cantidad de medias que se puso á desplegar y á contar después de haberse arrodillado en el suelo.

—Aquí están, dijo depositando todas aquellas medias sobre una colcha: cada una guardaremos dos pares.

—Es inútil poner para mí dos pares, dijo John, yo puedo contentarme con uno como mi papá.

—Es posible, dijo Mad. Ward, cuanto que yo puedo hacer un par por día.

—Un solo par me basta, replicó Dick.

—Vuestras medias serán regularmente demasiado cortas, camaradita, dijo uno de los comisarios.

—No, replicó Dick, yo tengo el pie bastante grande y mi tía me hace siempre las medias un poco largas, por que dice que estoy en edad de crecer. Les estarán bien á los soldados. Mirad, añadió haciéndoles notar lo largo y lo ancho.

—Y las mías también, dijo con confianza Gracia que acababa de quitarse las suyas.

—Señor, señor, dijo al hombre que echaba revueltas todas las ofrendas en un saco cuya abertura era de un ancho extraordinario, señor, ved aquí las mías y centelleaban sus ojos vivísimamente.

—Buen Dios, dijo corriendo hacia ella su tía, estás loca niña ¡cómo puedes creer que puedan ponerse hombres tus medias!... llévatelas.

Gracia echó en derredor de ella una mirada desolada y se puso á llorar.

—Yo quiero darles algo, dijo. Andaría descalza sobre la nieve, antes que no mandar nada.

—Dadme las medias, niña, dijo enternecido el soldado. Vamos, yo las tomo: yo las enseñaré á los soldados y les repetiré las palabras con que habeis acompañado vuestra ofrenda, y esto les hará tanto bien cual si se aprovechasen de ella. ¡También tienen hijas en sus casas ellos!

Penetrada de una dulce alegría, Gracia dejó caer su cabeza sobre el pecho de su madre, y la tía Hitty, murmuró:

—Todo el mundo cría mal y echó á perder á esta niña: y no me sorprende.



Entonces el viejo comisionado, cargado de paquetes y de fardos, se puso pesadamente en marcha y Dick y Gracia se fueron á la cama con el corazón lleno de gozo.

La niña dijo á su hermano:

—Esta noche he puesto yo algo sobre el altar de la libertad, ¿no es verdad, Dick?

—Es muy cierto, respondió este.

Después levantando los ojos hacia su madre, la dijo: pero mamá, ¿qué has dado tú?

—¿Yo? dijo Mad. Ward, con aire pensativo.

—Sí, tú, mamá ¿qué has dado á la patria?

—Todo lo que tengo, queridos niños, dijo poniendo su mano sobre sus cabezas: ¡mi marido y mis hijos!

## II.

EL ALTAR DE..... 1850.

El sol poniente del frío diciembre iluminaba las ventanas de una retirada habitación en la calle de la Estrella en Boston. Entreabriendo la puerta de la casa, vemos un cuartito muy aseado: vemos planchando á una muchacha joven, de fisonomía viva y espresiva. Cerca de ella hay un azafate de mimbres donde coloca las camisas de hombre, cuellos y chalecos, liso y pulimentado todo como un espejo y de una deslumbradora blancura. Un mocito de ojos negros y brillantes, acaba de entrar en el cuarto llevando sobre sus espaldas un paquete de libros atados y sujetos con una correa. Va á colocarse delante de su madre. Le cuenta como es el primero de su clase y le enseña los *valores* del maestro: y contenta ésta los coloca en una tetera de porcelana de china en donde depositan el dinero y las alhajas de la familia.

—Ahora, Enrique, mira en la calle á ver si tu padre vuelve á casa.

Y la joven llena de agua una cafeterita de metal y después de haberla puesto en la hornilla, al cabo de unos minutos oye el ruido del hervor del agua.

De un cuarto inmediato sale en aquel momento Mari, muchacha de trece años, trayendo en sus brazos un hermoso niño que acaba de despertarse y que se muestra muy impaciente por ver á su mamá.

—¡Oh, qué lindos ojos tiene este chiquito! dijo Elisa, la madre de Enrique. Al momento va á cogerlo mamá, añadió la muger cuyas manos estaban manchadas de harina por estar haciendo un bizcocho, y limpiando la harina y la pasta que se había pegado á ellas, tomó en sus brazos su cría, cuyos llores y gritos reclaman sus maternales consuelos.

Ahora, Enrique, dice la madre, tendrás tiempo de llevar esta ropa, antes de cenar, á casa del señor Sueldine con esta bonita cuenta que escribiste ayer noche, te daré dos cuartos por cada cuenta que me escribas. ¡Qué consuelo es para los padres tener hijos tan instruidos!

Enrique cogió el azafate de mimbres y dirigiéndose hacia la puerta, iba ya á salir, cuando un hombre de color ascadamente vestido entró en el cuarto, llevando en la mano un cubo lleno de pintura con brochas y pinceles.

—Ya ha vuelto papá, dijo la joven muy alegre. Mari, ¿están los bizcochos en el horno? ahora podéis poner la mesa. ¿Qué noticias hay, Jorge?

—No sé mas sino que he hecho una jornada bastante

buena. Traigo á casa cinco dollars y tengo trabajo asegurado para dos semanas.

Y habiéndose lavado las manos el pintor se puso á contar su dinero sobre la mesa de planchar.

—Bueno, esto va á traer dinero á casa, dijo la joven satisfecha: no hay nadie como tú para trabajar tanto en una semana.

—Eso dicen..... los que me ocupan una vez no quieren ya llamar después á otro para que les pinte los suelos. La costumbre sin duda y un poco de gusto que tengo para esas cosas.....

—Yo voy á darte una noticia, dijo la muger, quitando de encima de la chimenea la caja de la familia, es decir, la tetera de porcelana de china de que hemos hablado: y vaciando sobre la mesa lo que contenía

—Bien pronto estaremos muy ricos: podremos comprar á Enrique un sombrero para el Domingo, y á Mari un vestido de muselina de lana..... ¡poco á poco, picarillo, poco á poco!

Y la joven se apresuró á interrumpir los gestos y movimientos del chiquillo que había echado mano á los dollars.

—Déjale que juegue, dijo el padre.

El niño miró á la mesa con ojos asombrados mientras que su madre le quitó no sin trabajo las monedas que apretaba con todas sus fuerzas en sus manitas: antes que pudiesen apercibirse ni estorbarlo, dió el niño un manotón con sorprendente rapidez sobre los montones de moneda que su padre había colocado en la mesa, derribándolos y sembrando de dinero el suelo.

—¡Bravo! dijo entusiasmado el padre, el chiquillo es travieso! y colocando á la inocente criatura sobre sus rodillas, se rió á carcajadas mientras que su muger y su hija se ocupaban en recoger las monedas que habían ido rodando hasta los últimos rincones del cuarto.

—Sabe también como tú que ha hecho mal, dijo encantada la madre, mientras que el niño daba saltos como un cerbatillo y chillaba en señal de extraordinaria alegría. Es un niño que cualquiera creerá que tenga ya seis meses! Es listo por demás!

Y al decir esto, la joven le cubría de besos.

—Vamos, vamos, Mari, dijo al fin la madre, por cuya cabeza había pasado un súbito pensamiento, deja de jugar con el niño é id á dar un vistazo al horno para ver como están los bizcochos.

—Están perfectamente cocidos y tostaditos por encima como os gustan.

Y á esta declaración decisiva, la mamá puso el niño en la rodilla de su marido, donde se estuvo quieto chupando una cortecita dura de pan.

—¿Qué hay en ese plato grande que está tapado? dijo Jorge cuando toda la familia se hubo sentado á la mesa.

—Y bien, ¿qué crees que sea? dijo su muger muy contenta. ¿No lo adivinas? no quiero hacerte aguardar: son dos docenas de ostras..... es un plato de príncipe.

—Tú y yo dijo Jorge trabajamos todo el día para ganar dinero y no debemos á nadie ni un ochavo. Si el rico tiene sus festines, nosotros tenemos nuestros pequeños banquetes en familia.

La hora de la cena se pasó alegremente: el chiquillo manifestó su buen humor chillando, y las risas y alegres conversaciones sazonaron con placer todas las viandas.



—¿Qué diferencia, dijo de pronto Jorge á su muger, de este tiempo al que he pasado allá bajo en Georgia! yo estaba alquilado al año por un amo viejo y avaro. Un día que ajustaba mi cuenta: tu trabajo me dijo me ha producido este año doscientos dollars: y metiéndose aquella cantidad en su bolsillo, añadió: toma, Jorge, eres un buen muchacho, aquí tienes para tí medio dollar.

—Ah! dijo su muger; ¡alabado sea Dios! pasaron esos desgraciados tiempos, y hoy estamos en un país libre.

—Sí, dijo Jorge, y por este beneficio debemos dar eternamente mil gracias á Dios.

Habia llegado la hora de irse á acostar: el padre y la madre comenzaron á rezar en alta voz.

Apenas habian pronunciado algunas palabras cuando se abrió violentamente la puerta, y dos hombres entraron bruscamente por ella. Uno de aquellos hombres se adelantó hácia Jorge y poniéndole la mano sobre la espalda, dijo: hé aquí vuestro quidam.

—Quedaís arrestado, dijo el otro intruso, á nombre de los Estados Unidos.

—Señores, ¿qué significa todo esto? dijo temblando el pobre Jorge.

—¿No sois propiedad del señor B. de Georgia? respondió el agente de policía.

—Señores, hace diez años que yo trabajo aquí en cualidad de hombre libre.

—Muy bien: pero sois preso como esclavo á instancia y demanda del señor B.....

Renunciamos á escribir la desgarradora escena que pasó entre aquella muger desolada y aquellos hijos aterrados. ¡Qué lágrimas! ¡qué sollozos! ¡qué angustias! ¡qué destrozos del corazón!

¡Ah! vosotros los que defendeis ese acto odioso porque pretendéis que esa es la ley, suponed por un momento que esa implacable ley que actualmente hiere á vuestro pobre hermano, pudiera alcanzarlos á vosotros también.

La sala del tribunal está atestada de gente, y el acusado que van á juzgar está allí, aguardando la sentencia que debe quitarle la vida..... me engaño: es la vida de la vida la que va á perder: ¡la libertad!

Esta sala era el teatro de un movimiento, de una agitación extraordinaria. Una multitud de abogados corrían de aquí para allí, zumbando, consultándose, citando autoridades..... todos manifestaban una inquietud extraordinaria, un celo ardiente..... ¿Y para qué? ¿para arrancar á un hombre á la esclavitud? Nada de eso: era al contrario, para remachar mas sólidamente sus hierros rotos en otro tiempo. El pobre prisionero con ojo consternado seguía á estas continuas idas y venidas: prestaba un oído atento á las confusas palabras que se entrecrocaban en derredor de sí, y que concluían por hacerle conocer que no le habia engañado su fatal presentimiento: el infeliz á pesar de sus angustias, á pesar de las lágrimas de su muger y la desolación de sus hijos, es condenado por toda su vida á una perpétua esclavitud.

El mercado de los esclavos se abre con un tiempo magnífico. El senador y el hombre de estado, el sabio y el patriota se pasan hoy allí para sancionar con su presencia, una escena edificante, dramática, y verdaderamente americana..... la venta de un hombre. En este lugar va á pasar el epilogo de este drama: ahí veis madres

de rostro negro como el ébano, volviendo sus miradas llenas de tristeza, alrededor de las que dan vueltas ávidos especuladores. Si se paran algunos instantes es para examinar sus dientes, para palpar sus brazos..... Conmúese uno al contemplar en un apartado rincón aquella pobre vieja temblando, abandonada, medio ciega, cuyo último hijo van á vender. ¡Oh! ¡con qué delirante frenesí se ase y agarra á aquel hijo en un estrechísimo maternal abrazo! pero mugeres, hermanas, amigos, todos están tendidos, mezclados en el suelo, cual en el pavimento de un almacén cubierto de haces de trigo, y por medio de sus filas pasan y repasan divertidos políticos, hombres de ley, publicistas, sabios de sano color y prominente abdómen, de cabellos rizados, y todos evidentemente con muy buen humor. En efecto ¿de qué se trata? De la venta de un centenar de hombres. Así todos están tranquilos: se va á proceder á un negocio muy sencillo, cuya vista es por otra parte magnífica. Todo hombre que sabe vivir no puede dejar de ir allí.

Y ahora que tantas almas, tantos corazones se han estremecido al oír el ruido del golpe del martillo de la subasta, seguido de la adjudicación definitiva en el mejor postor, pasemos á una escena de detalle interior que tiene su mérito. Un hombre á la vez marido y padre, vivía feliz con una vida inocente y pura en el seno de su familia, dando todos los días gracias á Dios de su felicidad, y de la gracia que particularmente le habia hecho de vivir en un país libre; cuando de pronto es arrestado, y acusado de que esta libertad no es mas que una ilusión.

¡Oh! ¡seguramente que es curioso el contemplar las facciones de un hombre enfatuado con tan grosero error! Daos prisa, apresuraos, porque hay mucha gente para ver á ese presuntuoso, ese temerario aspirante á la libertad: para verle con los ojos bajos, la frente humillada, y encorbada bajo el vengador nivel de la ley.

—¿Es ese? ¿es ese? dicen á derecha é izquierda. ¿No podría recobrar la libertad? dice el uno. No, y lo que es mas, no la recobrará jamás, responde otro con aire triunfante.

—Yo tomo poco interés en escenas de esta naturaleza, dice un grave diputado representante de un Estado, y si he venido aquí hoy es solo por amor de un principio.

—Señores, dijo el comisario de la venta, tenemos aquí un individuo que algunos de nuestros abolicionistas del Norte, comprarían á cualquier precio; ¡pero no lo tendrán! ¡no! Ya hemos arreglado la cosa. El que lo compre debe dar fianza de que no lo volverá á vender para que vuelva al Norte.

—¡Ese! ¡ese! gritó la muchedumbre.

—Escelente idea, dijo un senador, ved ahí como se mantiene un principio.

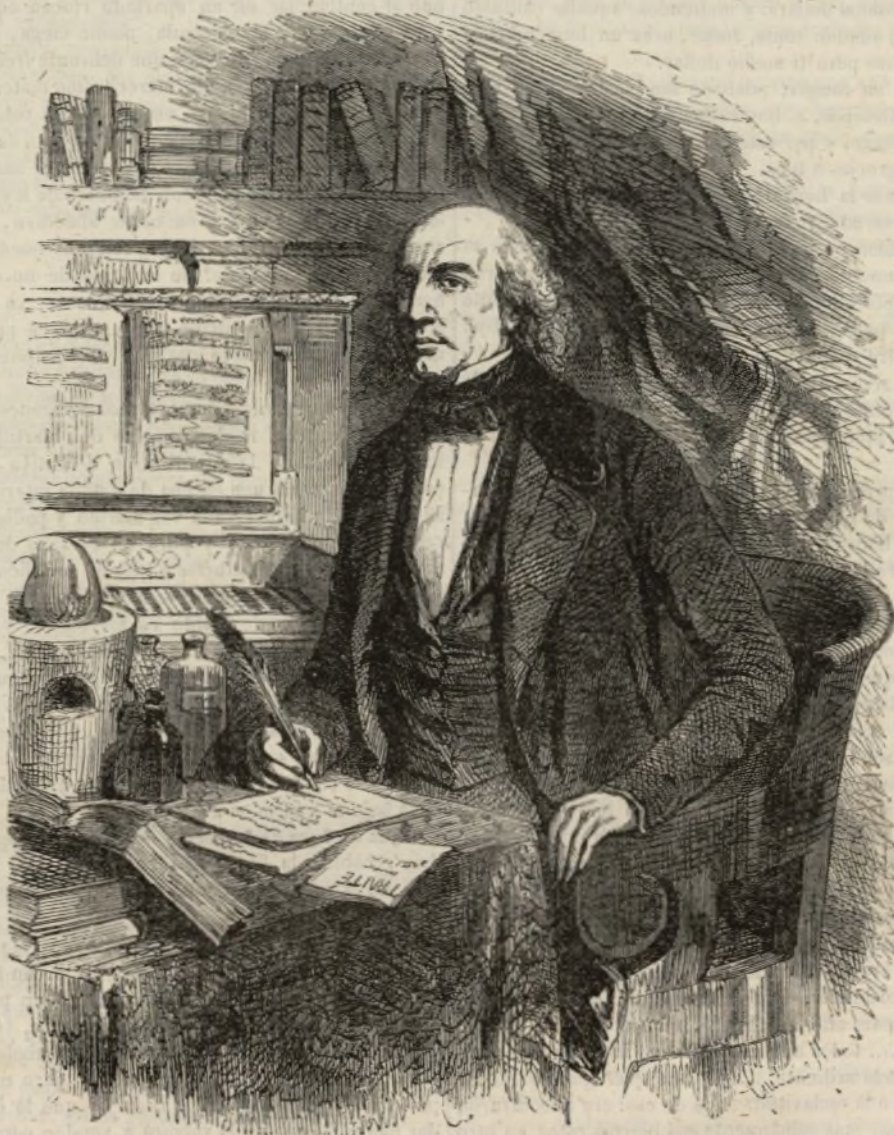
El hombre fué puesto en venta, y el último golpe del martillo que resonó en su corazón, le anunció que sus esperanzas y sus cualidades de hombre habían quedado destruidas, que habia sido adjudicado.

Tal era el altar de la libertad en 1776: ¡tal es el altar de la libertad en 1836!!!

*Traducción del inglés, de MME.  
HARRIET BEECHER STOWE: autora  
de LA CABAÑA DEL TIO TOMÁS.*



## ESTUDIOS HISTORICOS.



Retrato de Orfila.

## HOMBRES ÚTILES.

## ORFILA.

En una de las noches de invierno, hace algunos años se hallaba reunida la mas elegante y distinguida sociedad de París en casa del conde de Balk. Habian concurrido alli los dilettanti mas célebres y las notabilidades de la Opera italiana. Notábase alli un jóven de espresiva y noble fisonomía que escitaba y atraia á sí todas las simpatías.

—¿Quién es ese personaje? preguntó á sus amigos monsieur Champein.

—Es un español protegido por el conde, estudiante en París, y la organizacion musical mas hermosa que he conocido.

—¿Su nombre?

—A fé mia que lo he olvidado... Es un nombre acabado en *ó* en *a*. Posee una voz incomparable, y si quisiese entrar en la ópera, bien pronto desde las primeras notas, seria el rey de ella; pero figuraos que tiene la manía de la ciencia. ¡La química y la medicina! No viene á las sociedades y concurrencias sino para llegar mas pronto á la facul-



tad... Desdén el arte, el teatro y los artistas... En una palabra, es un loco que deja escapar la ocasión y vuelve la espalda á la gloria y á la fortuna.

—¿Quién ha sido su maestro de música?

—Dicen que él mismo.... No tiene el menor antecedente... Ha cantado hace dos dias en casa de un banquero en donde ha hecho furor.... El solo parece que no lo ha conocido.

—¡Bah! dijo el amigo en quien la exageración producía una reacción en sentido contrario, tendremos todavía un

to de grande entusiasmo... Pero el amigo no oía mas que con un oído no apartando los ojos del español, proponiéndose dar con él una buena lección á su amigo.

Prevenido por Champein, el conde de Balk dijo una palabra al oído del joven desconocido, y éste sin mas ceremonias y sin hacerse de rogar, se puso á cantar uno de los trozos mas difíciles y mas admirados del *Matrimonio Secreto*.

Fue un verdadero golpe teatral. Voz, método, ligereza, fuerza, gracia, elegancia, adornos, espresion, todo era perfecto, maravilloso, increíble en el ejecutante. Nunca la



Primer curso de Orfila ante Beclard Coquet, Edwards y otros.

HEMEROTECA  
MUNICIPAL  
MADRID

fenómeno mas como tantos otros que hemos visto desaparecer. Uno de esos prodigios que los salones parisienses ponen en evidencia por algunas noches. Amigo, dudaré de la habilidad de vuestro aficionado castellano, hasta que no me le hayais hecho oír á todo mi sabor.

—Inmediatamente, si quereis, replicó Mr. Champein; no se da ningun tono con la música; es un joven que nunca se hace de rogar.

Se escuchó una fantasía de Creutzer que obtuvo un éxi-

suave melodía de Cimarosa se había visto mas dulcemente interpretada.... Jamás la música en sí misma había producido nada mas delicioso, mas simpático, mas encantador. En medio de una salva de aplausos, el amigo se levantó, corrió al español en el momento en que *Lais* le decía: ¡Jamás se ha cantado mejor ni se cantara esta pieza como vd. lo ha hecho, señor Orfila!

—Orfila! exclamó el amigo, he aquí un nombre que bien pronto eclipsará el de los mas famosos artistas.